

# La Europa resiliente: opinión pública europea y euroescepticismo o cómo las cosas pueden no ser lo que creemos

Antón Losada<sup>1</sup> y Elba Maneiro<sup>2</sup>

Recibido: 05-10-2020 / Aceptado: 12-04-2021

**Resumen.** En la última década, y con el Brexit como punto de inflexión, el descontento y la desconfianza hacia las instituciones de la UE, así como el crecimiento de fuerzas políticas euroescépticas, han puesto en entredicho tanto la legitimidad del proceso de integración de la Unión Europea como la identidad europea común. En este contexto son muchas las voces que asumen que ese crecimiento de partidos políticos de carácter euroescéptico, o incluso anti-UE, va parejo de una pérdida de la identificación con el proyecto europeo. En ese artículo, sin embargo, cuestionamos que el crecimiento de estas formaciones políticas haya sido paralelo a la disminución del sentimiento de pertenencia a la UE y de identificación de los ciudadanos europeos como tales. Para contrastar nuestra hipótesis analizamos distintas series temporales sobre preguntas clave en torno a la identidad y competencias de la UE del Standard Eurobarometer, llevado a cabo por la Comisión Europea. Se aportan abundantes datos que refuerzan la idea de la consolidación efectiva de una identidad dual de los ciudadanos europeos, donde la identidad nacional, la identidad regional y la identidad europea no necesariamente compiten entre sí; sino que la ciudadanía construiría su identidad de forma complementaria.

**Palabras clave:** Unión Europea; euroescepticismo; identidad europea; identidad dual; antieuropeo; partidos euroescépticos; Eurobarómetro

[en] Resilient Europe: European public opinion and Euroscepticism or how things might be different from what we believe

**Abstract.** In the last decade, and with Brexit as a turning point, discontent and mistrust of the EU institutions as well as the rise of Eurosceptic political forces have called into question both the legitimacy of the EU integration process and the common European identity. In this context, there are many voices that assume that this growth of political parties of a Eurosceptic or even anti-EU nature goes hand in hand with a loss of identification with the European project. In this article, however, we question whether the rise of these political formations has been paralleled by a decline in the sense of EU membership and identification of European citizens as such. To contrast our hypothesis, we analyze different time series on key questions about EU identity and competences from the Eurobarometer Standard carried out by the European Commission. Data is provided to support the hypothesis of the consolidation of a dual identity of European citizens, a perspective in which national identity, regional identity and European identity do not necessarily compete with each other, but in which citizens build their identity in a complementary way.

**Keywords:** European Union; Euroscepticism; European identity; dual identity; anti-European; Eurosceptic parties; Eurobarometer

**Sumario.** 1. Introducción. 2. La difícil cuestión de la identidad europea. 3. Qué dice la Ciencia política cuando se pregunta por el euroescepticismo. 4. Qué contestan los europeos cuando se les pregunta por Europa. 5. Conclusiones: la resiliencia de la idea de Europa en tiempos de euroescepticismo. 6. Bibliografía.

**Como citar:** Losada, A.; Maneiro, E. (2021). La Europa resiliente: opinión pública europea y euroescepticismo o cómo las cosas pueden no ser lo que creemos. *Polít. Soc. (Madr.)* 58(1), e71937. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.71937>

## 1. Introducción

El Brexit no supuso el primer signo del creciente descontento con la UE. El crecimiento sostenido, entre 2000 y 2018, del voto hacia partidos claramente antieuropeos –pasando del 10 al 18%–, o hacia partidos euroescépticos

<sup>1</sup> Universidad de Santiago de Compostela (España)  
E-mail: antonio.losada@usc.es

<sup>2</sup> Universidad de Santiago de Compostela (España)  
E-mail: elba.maneiro.crespo@usc.es

ticos –pasando de 15% al 26%– constituye otra señal a lo largo el continente como reflejo, en parte, de un cambio en el estado de la opinión pública continental, donde se ha instalado progresivamente una creciente desconfianza hacia el proyecto y las instituciones europeas (Dijkstra, Poelman, Rodríguez Pose, 2018). Formulada así, o en otras maneras similares, esta idea se ha incorporado al centro del debate público y se ha convertido en un lugar común de discursos oficiales y opinión publicada.

El objetivo del presente artículo consiste en verificar la validez real y el sustento empírico efectivo de tales afirmaciones de uso común sobre la relación entre la creciente desconfianza hacia la idea de Europa y cuánto representa y el auge de los movimientos euroescépticos o abiertamente antieuropeos. Nos preguntamos y tratamos responder con evidencias hasta qué punto es realmente así, en qué medida la desconfianza hacia el proyecto europeo se ha instalado o no tan efectivamente en la opinión de sus ciudadanos como suele repetirse y, caso de ser así, hasta qué punto esa desconfianza realmente opera como un motor principal que mueva e impulse el crecimiento observable de la oferta política antieuropea a lo largo y ancho del continente.

## 2. La difícil cuestión de la identidad europea

Una dificultad recurrente entre los trabajos que buscan analizar y explicar el proceso de integración e identidad europeas, por tanto, también a la hora de analizar las percepciones y estados de ánimo de los europeos al respecto, reside en la falta de un criterio común para definir el propio concepto de identidad europea. No sólo deben enfrentarse tales trabajos a definir cómo cada individuo conceptualiza qué significa la identidad y los distintos significados que otorgan a afirmar que se identifican como europeos, sino también a determinar si pueden tales significados variar entre individuos o de un país a otro, adaptando aquello que entendemos por identidad desde un mapa conceptual nacional a uno supranacional (Díez Medrano, 2010).

En sus inicios, deudora del contexto post II Guerra Mundial, la Unión Europea asumió una estrategia neofuncionalista para generar una identidad más allá de la identidad nacional y/o regional (Hermann y Brewer, 2004), promocionando una suerte de “nacionalismo” que proponía la integración supranacional como la superación de la nación y el paradigma moderno de la misma (Keating, 2007). Conectada a esta idea, encontramos una formulación cívico-republicana de la nación caracterizada por un “voluntarismo político” por parte de sus miembros para constituir una comunidad política (Máiz, 2008). En su acepción más común, se entiende la identidad europea como aquel aspecto de la identidad social propia que se refiere a la identificación como parte del grupo de ciudadanos de la UE (Risse, 2010), otorgándole un valor emocional positivo y asumiéndolo como una parte de su ser como individuos.

En el estudio de la identidad europea suele proponerse la distinción entre identidad cultural e identidad cívica, construida sobre los tres enfoques dominantes respecto a la legitimidad de las comunidades políticas. El primero vincula la legitimidad a la existencia de instituciones que son aceptadas por la sociedad a través de un contrato social. El segundo asocia la legitimidad de las comunidades políticas a una correspondencia con una “nación”, definida ésta por una cultura común. El tercer enfoque conecta la legitimidad de las instituciones a la expresión de un “deseo común de vivir juntos” de los miembros de la comunidad política (Bruter, 2004, 2005, 2008). A partir de estas perspectivas teóricas se han desarrollado dos formas de interpretar la identidad: el componente cívico y el componente cultural. El componente cívico se refiere a la identificación de un individuo con un sistema político y su marco institucional. El componente cultural corresponde al sentido de pertenencia del individuo con una comunidad con la que, asume, comparte una cultura. En la literatura sobre identidad europea se incorpora también un tercer componente donde la identidad consiste también en el “sentirse” europeo o no (Bruter, 2003). Si los ciudadanos de la UE se identifican con la estructura política y las instituciones de ésta, los elementos compartidos se convierten en valores y objetivos políticos.

De este modo, las políticas de cohesión tendrán un papel fundamental en este enfoque (Capello, 2018). Sin embargo, también hay autores que cuestionan tal distinción, afirmando que los valores políticos no resultan culturalmente neutros y construir una identidad europea basada exclusivamente en elementos cívicos supone, quizá, una idea demasiado “optimista” (Ruchet, 2011).

Desde una aproximación a una posible identidad dual entre la nacional y la europea, se asume que identificarse con una nación o cualquier otro grupo (en este caso, la Unión Europea) se genera, bien a través de la identificación con un grupo específico, bien con un territorio determinado (Duchesne y Frogner, 2008). Identificarse con un grupo social (estatus social, etnicidad, religión, etc.) también incluye identificarse con una entidad territorial y política. Estos grupos con los que nos “identificamos” pueden interactuar, como puede ser el caso de la identidad nacional y la identidad europea, sin que necesariamente entren en conflicto (Verhaegen, Hooghe y Quintelier, 2014). Así, cuando hablamos de si la ciudadanía europea se identifica como tal puede tratarse de una identidad compartida con otras pues ambos niveles (nacional y supranacional) pueden comportarse de manera acumulativa. Sin embargo, también pueden entrar en conflicto al identificarse con un territorio específico o un grupo concreto. De hecho, en sintonía

con la mayoría de las afirmaciones recurrentes para explicar el auge del euroescepticismo o el avance de la derecha extrema, cabría esperar que la identidad europea y la identidad nacional hayan interactuado de una manera cada vez más conflictiva para muchos ciudadanos europeos; especialmente a lo largo de la última década y sus sucesivas crisis.

Si en un primer momento parecía sobreentenderse que la coexistencia de la identidad nacional y de la identidad europea sería principalmente competitiva, la literatura mayoritaria ha evolucionado hasta afirmar no ser necesariamente así. Se extiende el consenso en torno a la construcción política de la identidad europea (Hooghe y Marks, 2005) y la viabilidad de la presencia simultánea de identidades múltiples (Bruter, 2003, 2008; Hooghe y Marks, 2005; Hermann y Brewer, 2004; Sojka y Vázquez, 2014). De hecho, ambas pueden ser complementarias y existe una correlación positiva entre identidad nacional e identidad europea (Bruter, 2003; Sojka y Vázquez, 2014)<sup>3</sup>; incluso se encuentra una relación similar entre identidad regional e identidad europea, si bien menos significativa (Bruter, 2003). Aunque esta relación, dada la heterogeneidad de la historia y política de cada estado miembro, también podría ser negativa pues existen distintas dinámicas de relación entre identidades; como indican Hermann y Brewer (2004) con sus modelos *nested* (o de muñeca rusa) y *cross-cutting*.

La discusión política en torno a la ciudadanía europea siempre ha ofrecido una doble cara. Para muchos la inclusión en el Tratado de Maastricht de la referencia a que la “ciudadanía de la Unión complementará y no reemplazará a la ciudadanía nacional” resulta uno de los aspectos más triviales y vanos del texto. Para otros, en cambio, simboliza los riesgos y potenciales de un concepto tan ambiguo como de largo recorrido. El debate sobre la ciudadanía europea acostumbra a construirse sobre tres enfoques (Weiler, 1997). En el primero, la Unión se compone de ciudadanos que, por definición, no comparten la misma nacionalidad y la sustancia de su ciudadanía nace del compromiso *inter alia* con los valores compartidos de la Unión expresados en sus textos constituyentes y los derechos y deberes que recogen. En este enfoque, la ciudadanía europea no precisa crear el tipo de ligazón emocional asociada a la ciudadanía basada en la nacionalidad. En el segundo enfoque se usa la imagen de los “círculos concéntricos” para explicar que los individuos pueden sentirse a la vez parte de varias identidades y ciudadanía –uno puede sentirse a la vez gallego, español y europeo–, porque el sentimiento de identidad e identificación provienen de las mismas fuentes que los lazos afectivos y admiten diferentes niveles de intensidad; prevaleciendo los más fuertes en caso de conflicto. El tercer enfoque se fija en esa pertenencia simultánea, pero reconociendo diferentes factores de identificación respecto a las diferentes identidades; alejando así la idea de ciudadanía europea de sus antecedentes nacionales y su identificación orgánico-cultural, para conectarla a los valores compartidos que representa la Europa de las afinidades transnacionales (Weiler, 1997).

La hipótesis nuclear de este artículo asume que la progresiva consolidación de esa identidad dual de los ciudadanos europeos, donde la identidad nacional, la identidad regional y la identidad europea no compiten entre sí, operaría como el elemento clave que desconectaría, en gran medida, el efecto del crecimiento de las fuerzas antieuropeas o euroescépticas de la causa en la alegada disminución del sentimiento de pertenencia a la UE y de identificación de los ciudadanos europeos como tales, dado que la ciudadanía europea se sustentaría precisamente sobre una identidad construida de manera complementaria; no sobre la oposición o el enfrentamiento a las identidades nacionales o locales. Dicho de otro modo, por mucho que se les fuerce a elegir entre identidades confrontadas, la mayoría de los ciudadanos europeos han preferido y prefieren compartir identidades múltiples.

### 3. Qué dice la Ciencia política cuando se pregunta por el auge del euroescepticismo

En la lógica neofuncionalista que ha marcado desde sus orígenes el proceso de integración europea, una integración gradual y complementaria hacia una unidad política cada vez mayor se daría gracias al aumento de los beneficios económicos (Nicoli, 2017). En la literatura sobre la UE se ha producido una amplia reflexión respecto a la conexión entre identidad europea y solidaridad intracomunitaria, especialmente en materia económica (Verhoegen, 2018; Wallascheck, 2019). Se asume un vínculo entre la percepción de beneficios económicos y el apoyo hacia el proceso de integración europea o el propio sentimiento de identidad europea, que resultaría principalmente instrumental (Verhaegen, Hooghe y Quintelier, 2014). La identidad europea resultaría así necesaria para sostener la legitimidad de la UE y se mantendría más estable que el apoyo hacia el proceso de integración, más variable a ojos de la opinión pública y sujeto al contexto económico y social.

Durante la década de los 90 se inició la reformulación de determinados movimientos de extrema derecha, hasta su cristalización en partidos políticos que se caracterizan por su discurso xenófobo, etnonacionalista y un proteccionismo económico reservado exclusivamente para aquellos que legítimamente pertenezcan a la comunidad nacional; excluyendo así a minorías migrantes y/o étnicas (Caiani, Della Porta y Wagemann, 2012). Tras el colapso de los sistemas comunistas, en los países de Europa del Este,

<sup>3</sup> En el trabajo de Sojka y Vázquez los países analizados son Portugal y España.

se registró también el auge de los movimientos populistas reaccionarios como una forma radical de protesta hacia el empeoramiento de la calidad de vida, el desempleo y la desorientación social provocada por la ruptura del sistema (Blokker, 2005).

Siguiendo este hilo, resultaba hasta previsible la colisión entre la definición de la soberanía nacional empleada por los partidos de derecha radical y la idea de una identidad común europea; aún más con las competencias y políticas de la actual UE. Presentarse como partidos *anti-establishment* o anti-élite ha ido ganando en importancia en el discurso de la derecha extrema, pues le ha permitido identificar claramente a la UE como parte esencial de ese “*establishment a combatir*”. La novedad ahora reside en que el euroescepticismo ya no se percibe como un fenómeno periférico, confinado en los límites de unos sistemas nacionales donde la cuestión europea se hallaba fuera de discusión. La Gran Recesión y sus consecuencias económicas y sociales, el acceso al gobierno de partidos radicales antieuropeos y el acercamiento para competir electoralmente a posiciones euroescépticas por parte de los partidos tradicionalmente centrales en Europa han hecho “emerger del frío” a las fuerzas euroescéptica (Taggart, Szczerbiak, 2013).

Casi todos los estados de la UE registran hoy movimientos y posiciones euroescépticas en sus sistemas de partidos. Un fenómeno que trasciende la escala ideológica para alojarse a izquierda y a derecha. Un cambio que no parece deberse tanto a una respuesta de los partidos tradicionales a modificaciones en las preferencias de sus votantes, sino al propio giro de esos votantes hacia partidos que ofrecían nuevos perfiles, contruidos sobre nuevos “cleavages” trazados desde posiciones diferentes respecto al consenso sobre Europa o cuestiones como la inmigración (Hooghe y Marks, 2017). El euroescepticismo, el discurso de la desconfianza, la decepción o incluso la hostilidad hacia Europa forma hoy parte del *mainstream* de la política europea. No solo a través de partidos insurgentes o minoritarios, sino impregnando el discurso y la oferta de partidos tradicionales de gobierno; aunque su impacto real en las políticas ha demostrado ser bastante más limitado (Taggart, Szczerbiak, 2013). Este ascenso de euroescepticismo puede verse como aquellas dos caras del dios Jano, bien como una señal del deterioro del propio proceso de integración europea, bien como una señal de su propia normalización política.

La literatura europea ha identificado cuatro grandes espacios de contestación euroescéptica desde los diferentes ámbitos nacionales: la cuestión económica y la crisis de la Eurozona, la inmigración, la cuestión democracia/soberanía frente a Europa y diversos factores coyunturales nacionales (Majone, 2017; Taggart y Szczerbiak, 2018). Respeto a la inmigración, la evidencia apunta a que la crisis migratoria 2015 disparó el asunto como parte del relato euroescéptico, pero ya formaba parte importante del discurso de partidos de extrema derecha. La recurrente crítica respecto a los llamados “déficits democráticos” de la UE y la crítica soberanista respecto a la pérdida de soberanía nacional que implica ser miembro de la UE, o la falta de democracia que acompaña a esa pérdida, se habrían visto reforzadas y realimentadas con el impacto de la Gran Recesión y la crisis de la Eurozona.

Existen abundantes estudios que han acreditado la relación entre la posición ante el proceso de integración europea y diversos factores económicos: la globalización y el impacto de la crisis de la Eurozona en las políticas económicas nacionales (Serrichio, Tsakatika y Quaglia, 2012; Nicoli, 2017), la evolución de la situación económica personal (Eichemberg y Dalton, 2007), los efectos de la Gran Recesión sobre las economías personales (Gómez, 2015), o el desequilibrio entre las políticas liberalizadoras facturadas por la integración negativa y la insuficiencia de la integración positiva para generar un verdadero “modelo social europeo”, sumado a la falta de capacidad política para acometer cambios en las políticas económicas (Scharpf, 2015).

Igualmente se han analizado de manera extensa las profundas mutaciones causadas en los problemas políticos de legitimación democrática asociados al proceso de construcción de la Unión y la tensión entre tecnocracia y democracia, donde la contradicción entre la creciente politización de los asuntos europeos y la despoltización de la política económica ha favorecido que los partidos euroescépticos pudieran explotar la fragmentada y aún en formación “esfera pública europea” (Sánchez-Cuenca, 2017), o los efectos de la falta de liderazgo institucional para definir nuevos objetivos y la “adaptación dinámica” necesaria para responder a las nuevas situaciones y cambios traídos por la crisis de la Eurozona, la crisis migratoria o el propio Brexit (Majone, 2017).

Desde otros enfoques, en cambio, se ha reivindicado la legitimidad y la efectividad de la UE cuestionado, tanto las bases populistas que sustentan muchas de las críticas al supuesto “déficit democrático” de la UE, como su presunta falta de estándares críticos de las instituciones europeas a respecto de su propia actuación, reivindicando la capacidad de “Intergubernamentalismo liberal” para producir políticas legítimamente democráticas y técnicamente eficientes (Moravcsik, 2018); o cómo el método Comunitario y sus exigencias de consensos reforzados han supuesto, en realidad, una protección de la legitimidad democrática de las decisiones europeas (Scharpf, 2017), o su refuerzo frente a determinadas visiones políticas “mesiánicas” del proceso de integración, al promover la mutua interdependencia y el ajuste mutuo de intereses y objetivos (Weiler, 2012).

La crisis financiera de 2008 parece haber abierto una brecha triple entre países centrales y periféricos de la UE respecto a cómo debía salirse de la crisis, el grado de la autonomía de cada gobierno y la propia legitimidad democrática (Alonso, 2014). La visión desde la periferia era que debía implementar políticas de austeridad impuestas por una combinación de instituciones europeas no electas; lo que reducía la autonomía de los gobiernos y dejaba el voto de los ciudadanos sin capacidad real de elección (Alonso, 2014; Sánchez-Cuenca, 2017). La visión desde los países centrales de la Eurozona era que todos los países habían operado con las mismas reglas y efectuado sus elecciones legítimas y democráticas; la diferencia residía en que unos habían actuado con responsabilidad mientras otros habían gastado y se había endeudado por encima de sus posibilidades y ahora debían asumir las consecuencias. Lejos de unir a los países de la Eurozona, el euro y la crisis los habrían dividido en “prestamistas indignados y deudores resentidos” (Majone, 2017).

Para la periferia la austeridad fue una imposición, para los países centrales de la Eurozona la austeridad fue autoinfligida. En realidad, puede que dos caras de una misma moneda: la falta de disposición de los gobiernos nacionales para “ponerse el sombrero europeo” en casa (Alonso, 2014). Una dinámica agravada por la falta de alternativas viables al presente proceso de integración europeo y a las políticas que factura. Las mismas reglas que fueron diseñadas para impedir incluso modestos cambios de rumbo, se convertían ahora en el principal problema en el proceso de decisión para modificar las reformas previas. Haber convertido el proceso de integración en el principal objetivo colectivo se convertía ahora en el problema principal en un tiempo de ciudadanía más preocupadas por evaluar los resultados de las decisiones, nos los procesos de su toma (Majone, 2017).

En cuanto a las evidencias empíricas respecto a los impactos de las sucesivas crisis afrontadas por la UE en la última década, se constata que han generado y generan consecuencias muy diferentes. La crisis de la Eurozona ha impactado más en los sistemas de partidos y la política de los países más afectados por las políticas de rescate, la crisis migratoria deja una huella especialmente potente en los estados postcomunistas de Europa central y la sacudida del Brexit parece haber operado más como un reforzador de la legitimidad de narrativas antieuropeas preexistentes (Taggart y Szczerbiak, 2018).

#### 4. Qué contestan los europeos cuando se les pregunta por Europa

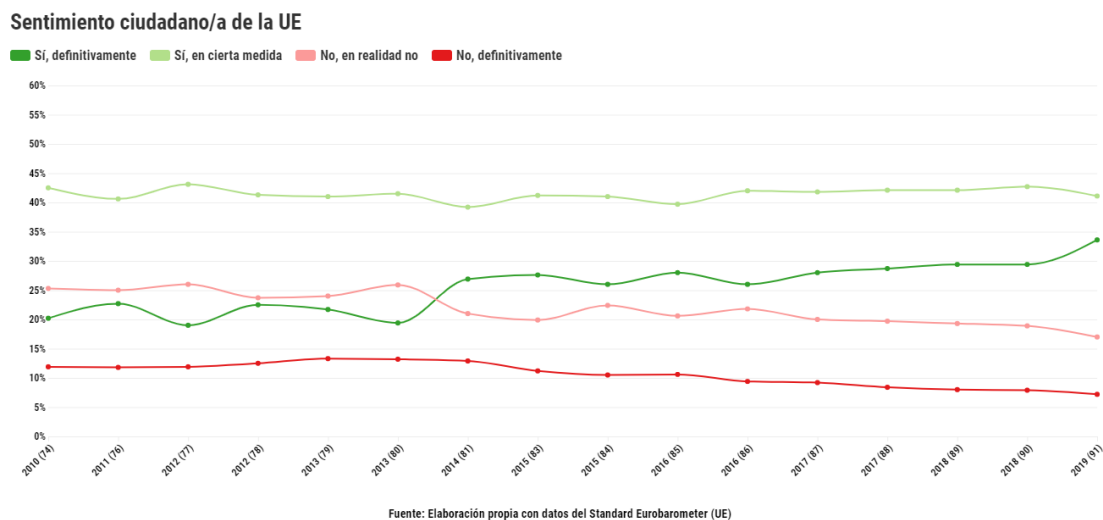
Otro problema añadido al análisis de la identidad europea es de carácter metodológico. En las encuestas de opinión desarrolladas por la UE, como el Eurobarómetro, muchos de los indicadores sobre identidad no tienen continuidad temporal: algunos desaparecen, otros se reformulan, o algunos años dejan de preguntarse para luego volver a hacerlo. Esto complica, por no decir que casi imposibilita, poder ejecutar series temporales y un seguimiento estricto de cómo ha evolucionado la identidad europea. Incluso algunos autores critican el sesgo que presenta la pregunta Linz-Moreno empleada en el Eurobarómetro. Esta crítica se centra en que, en la forma que se plantea, se asume que existe una tensión entre la identidad nacional y la identidad europea: identificarme como más europeo hace que me identifique como una menos español (Bruter, 2008, 2003); no se proporciona la opción “Tan europeo/a como NACIONALIDAD”, lo que complica el desarrollo de un análisis entorno a la posibilidad de una identidad dual europea-nacional.

Asumiendo estas limitaciones, las series del *Standard Eurobarometer* de la UE nos ofrecen la oportunidad de poder analizar, mediante potentes series de datos y muestras, qué han contestado y contestan los europeos cuando se les pregunta por Europa: como idea, como sentimiento, como percepción o como representación.

Al objeto de nuestro análisis vamos a centrarnos en aquellas cuestiones que más luz pueden arrojar sobre los estados de ánimo de los europeos; tanto con respecto a las valoraciones que genera la propia idea de Europa, como respecto a la receptividad que puedan indicar ante los mensajes y propuestas del que ya hemos identificado claramente como “euroescepticismo en ascenso”: sentimiento de ciudadanía europea, percepción y posición sobre las diversas identidades, grado de unión con la Unión Europea, valoración de la imagen de la UE, significado que confieren a la UE y valoraciones y percepciones sobre la política migratoria, uno de los caballos de batalla preferidos del euroescepticismo rampante y la derecha extrema.

En el siguiente gráfico 1, con datos desde el 2010, cuando se pregunta a los europeos por su sentimiento de ciudadanía europea, se observa como la opción “Sí, en cierta medida” se mantiene relativamente estable con valores en su punto más bajo (39,7%) en 2016 y su punto más alto en 2012 (43,2%). Sin embargo, la opción “Sí, definitivamente” aumenta de forma bastante regular (a excepción del Eurobarómetro número 77 y el número 79, años 2012 y 2013 correspondientemente), y progresivamente pasa de un 20,2% en 2010, el peor momento en plena austeridad europea, hasta un notable 33,6% en 2019. Durante los nueve años de gestión de la postcrisis, contrariamente a lo que se afirma de manera repetida en el debate público, el sentimiento ciudadano de la UE no sólo no se ha resentido, sino que ha aumentado más de 13 puntos. Una tendencia confirmada por el hecho de que la opción de su debilitamiento –“No, en realidad no”– va decreciendo de forma opuesta a la opción de refuerzo, dibujando una especie de efecto espejo ambas opciones o e derrumbe por debajo del 10% de la opción del no definitivo.

Gráfico 1. Sentimiento ciudadano/a de la UE



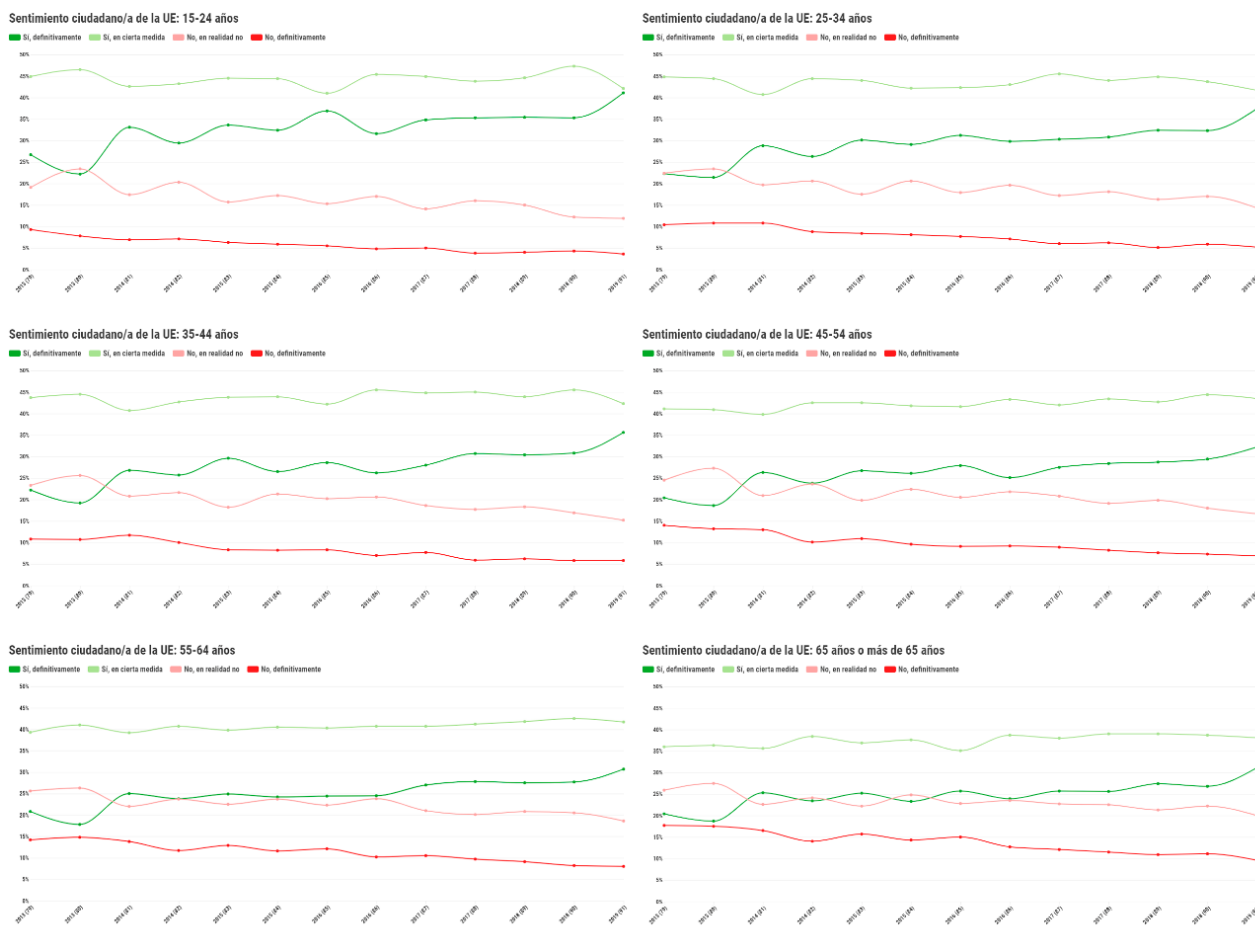
Como sugiere parte de la literatura, los datos apuntan en la dirección de que la gente distingue, mejor de cuánto suele darse por sentado, entre la idea general de Europa y el proyecto que representa y su particular implementación en un momento concreto (Majone, 2017). Los ciudadanos europeos responsabilizan a la UE por la crisis económica. Pero tal percepción resulta compatible con su creciente convencimiento de que la UE también es un actor clave necesario para superar los problemas económicos (Hobolt, 2015). Los europeos discriminan con bastante claridad entre sus posiciones críticas hacia la manera cómo la UE ha gestionado la Gran Recesión y su apoyo genérico al proceso de integración o a la propia idea de Europa (Sánchez Cuenca, 2017).

Los datos se muestran coherentes también con la tesis que defiende que los ciudadanos europeos están dispuestos a pagar el precio de su identidad europea, conectando la potencia del sentimiento de identidad europea y la mayor disposición a la solidaridad financiera entre estados miembros en épocas de crisis, con independencia de su identificación nacional; resultando incluso más relevante que el propio interés de los individuos y sus posiciones ideológicas en materia económica, aunque esa posición se vea amortiguada por las dificultades económicas propias (Verhaegen, 2018).

El problema con las políticas de austeridad para la democracia y para Europa residiría así más en sus demoleedores efectos distributivos contra la mayoría de la población, en términos de injusticia social, desempleo, exclusión o desigualdad, que en el hecho de haber sido impuestas por países o instituciones europeas (Alonso, 2014). Conforme se refuerza la identidad europea, la ayuda entre estados deja de verse como una ayuda para “los otros” para ser contemplada como una ayuda para “los propios”. Una relación que resulta significativamente más fuerte que aquella que conecta de manera negativa la identidad nacional con la disposición a la solidaridad intracomunitaria (Verhaegen, 2018).

Igualmente significativo resulta analizar la evolución del sentimiento ciudadano de la UE por grupos de edad (ver gráfico 2). De nuevo, contrariamente a lo que suele repetirse, es precisamente entre los grupos más jóvenes, quienes teóricamente más han sufrido y están sufriendo las consecuencias de la crisis y podrían, por tanto, mostrarse más receptivos al discurso de culpabilización del proyecto europeo, donde más se refuerza el sentimiento de ciudadanía europea y más se diluye y debilita el rechazo a la misma en contraposición con la identidad local o nacional. Sucede, en cambio, más bien lo contrario entre aquellos grupos de edad que, en teoría, han sido y son más beneficiados y protegidos por las políticas de gestión de la crisis de la UE en estos años. En el grupo de edad más joven (de 15 a 24 años), aquellos educados y socializados en la realidad de Europa del Euro, en respuesta a la pregunta sobre si se sienten ciudadanos de la UE, la opción “Sí, definitivamente” progresa de manera firme hasta casi doblarse, pasando del 26,7% en 2013 (79) hasta el 41,1% en 2019 (91). Mientras la opción “Sí, en cierta medida” disminuye casi tres puntos (42,1% en 2019). Las dos categorías negativas decrecen: “No, en realidad no” del 19,1% al 11,9%; y “No, definitivamente” del 9,3% al 3,6%. En el grupo correspondiente de 25 a 34 años, se aprecia un cambio significativo. Las opciones negativas también retroceden, pero presentan valores más altos que los grupos más jóvenes: “No, en realidad no” pasa del máximo de 22,4% al 14,3% en 2019; y “No, definitivamente” retrocede del 10,4% al 5,2% en 2019. Mientras, las opciones positivas mantienen niveles similares al grupo de edad más joven, si bien algo más modestos. De este modo, a medida que avanzamos hacia grupos de edad mayores, decrece el porcentaje de respuesta a las opciones positivas mientras aumenta en las opciones negativas.

Gráfico 2: Sentimiento ciudadano/a de la UE por tramos de edad



Fuente: Elaboración propia con datos del Standard Eurobarometer (UE)

Lejos de validar la tesis de que el debate sobre la amenaza que Europa pueda suponer para la soberanía o la democracia nacionales constituye uno de los nutrientes del euroescepticismo, los datos sugieren que una creciente y joven mayoría no sólo no aprecia semejante contradicción, sino que integra y comparte con naturalidad y sin conflicto alguno la ciudadanía europea en y con su propia identidad. Una idea que reafirman los datos del gráfico 3, donde se aprecia con claridad cómo crecen de manera sostenida los ciudadanos que integran sin conflicto las identidades nacionales y europea, mientras decrecen también de manera sostenida aquellos que optan por reafirmarse en la exclusividad de su identidad nacional. Desde una aproximación a una posible identidad dual entre la identidad nacional y europea encontramos que ambas identidades no parecen entrar conflicto. Contrariamente a lo que podrían sugerir la mayoría de los argumentos recurrentes para explicar el auge de los euroescépticos y el avance de la derecha extrema, basado en la explotación estratégica de una supuesta creciente conflictividad entre ambas por parte de los partidos antieuropeos.

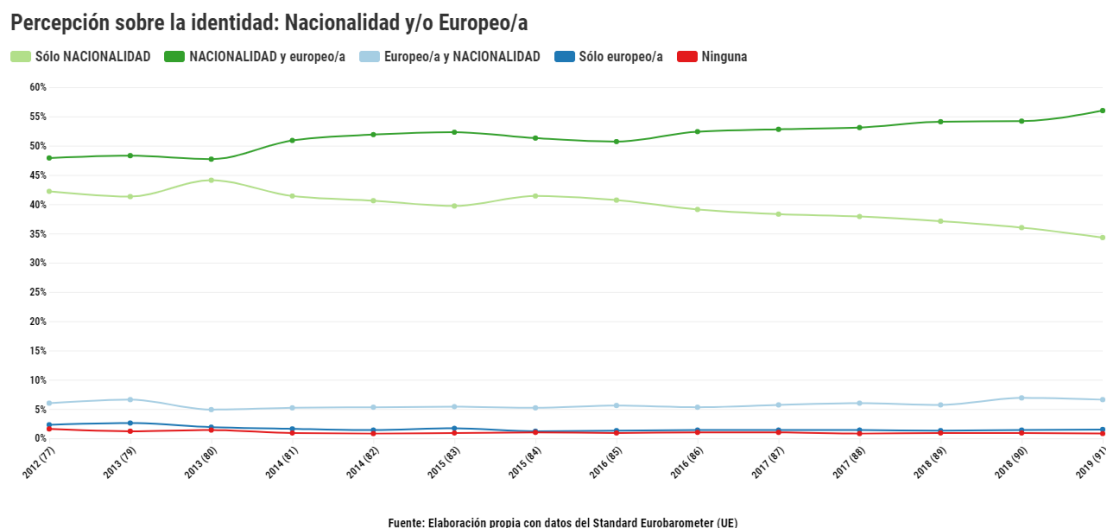
Las opciones de respuesta que acumulan un mayor porcentaje son “Sólo NACIONALIDAD” y “NACIONALIDAD y/o Europeo/a”. Entre ambas acumulan en torno al 85% de respuestas (o incluso el 90% en algunos casos), aunque su progresión se muestra antagónica: mientras la primera retrocede gradualmente, la segunda avanza decididamente. En 2013 (80), “SOLO NACIONALIDAD” representaba el 44,1% de las respuestas y en 2019 (91) ha descendido al 34,3%, más de diez puntos. En el caso de “NACIONALIDAD y/o Europeo/a”, los porcentajes de respuesta aumentan del 47,7% a un mayoritario 56% en 2019, casi esos mismos diez puntos.

Una mayoría de europeos parece decantarse cada vez más por integrar su nacionalidad sumando la europea y evitar cualquier tipo de conflicto que pudiera generarse entre ellas. Lejos de reforzar el conflicto con un planteamiento que pretende situar a la ciudadanía ante el dilema de elegir entre dos nacionalidades antagónicas, el discurso de los euroescépticos parece incapaz, no ya de reducir, sino siquiera de moderar el crecimiento sostenido de las percepciones más integradoras; las cuales parecen salir especialmente reforzada de la gestión de la postcrisis de la Eurozona.

Las otras tres opciones no consiguen, en ninguno de los casos, rebasar el 10%. “Europeo/a y NACIONALIDAD” experimenta un ligero aumento desde el 2018 (89) hasta el último estudio de 2019 (91), pasando del 5,7% al 9,1%. “Sólo europeo/a” y “Ninguna”, mantienen valores muy bajos, en ningún caso superior al 2,6%. Al analizar las respuestas por tramos de edad, resulta significativo cómo, en el grupo de edad más joven, la opción “NACIONALIDAD y Europeo/a” alcanza un amplio 61,4% en 2019, tras haber ido aumentando progresivamente a lo largo de la década. En los siguientes grupos de edad se registra una dinámica similar,

aunque con caídas más reposadas de la opción “Sólo NACIONALIDAD”. En el grupo de edad de 55 a 64 años comienza a observarse un ligero cambio de tendencia: “NACIONALIDAD y Europeo/a” baja hasta el 55,8% y “Sólo NACIONALIDAD” aumenta hasta el 35,6% (datos de 2019). Un cambio confirmado entre el grupo de los más mayores: la opción “NACIONALIDAD y Europeo/a” logra apuradamente en 2019 (91)<sup>4</sup> un mayor porcentaje que una opción “Sólo NACIONALIDAD” en progresión -48,3% y 44,7% respectivamente-. Ambos valores acaban muy próximos mientras que en los grupos de menor edad presentaban claras diferencias. También destaca que la opción “Europeo/a y NACIONALIDAD” alcanza el valor más bajo (4,4%<sup>5</sup>), mientras en los demás los valores se muestran similares (entre el 11,1% y el 6,2%, en sentido ascendente en los grupos de edad). A medida que ascendemos en los grupos de edad, de nuevo, cambia la percepción propia sobre la identidad de los encuestados y se refuerza la nacionalidad propia.

Gráfico 36. Percepción sobre la identidad: Nacionalidad y/o Europeo/a – Linz-Moreno



Si asumimos que las identidades pueden compartirse y acumularse, pero también entrar el conflicto, cuando se les pregunta a los europeos por su sentimiento de unidad con la UE, (Ver gráfico 4) se aprecia cómo ha ido aumentando gradualmente la opción “Muy ligado” (9,2% en 2012, 16,2% en 2019) hasta casi duplicarse. Un crecimiento que no procede de los ciudadanos que se sienten “bastante ligados”, quienes también progresan en más de cuatro puntos hasta superar el 39% en 2019. Son las opciones de poco o nada ligado aquellas que van perdiendo porcentaje lenta pero inexorablemente frente a la creciente mayoría que se siente mucho o bastante conectada. Así, podemos ver cómo la opción de “Poco ligado” pasa del 37,2% al 29,2% en el mismo período 2012-2019; un retroceso de ocho puntos. La categoría “Nada ligado” se convierte en la opción con menos porcentaje de respuesta perdiendo su suelo del 20% ganado durante los años de la Gran Recesión (12,9% en 2019).

Comparando esos datos con la evolución del sentimiento hacia lo local o lo nacional, la tendencia se refuerza. Mientras progresa la conexión con la Unión, en las preguntas sobre el ámbito local y estatal los porcentajes de respuesta se mantienen estables. Los resultados se muestran coherentes con las investigaciones que han apuntado cómo las personas que han tenido alguna experiencia en otros países europeos refuerzan, tanto su identidad nacional, como su identidad europea, acreditando su clara compatibilidad; en parte gracias a la ambigüedad en su definición, pero también gracias a la falta de contradicción en sus elementos culturales y al carácter más instrumental de la identidad europea (Ruíz Jiménez, González Enríquez; 2007).

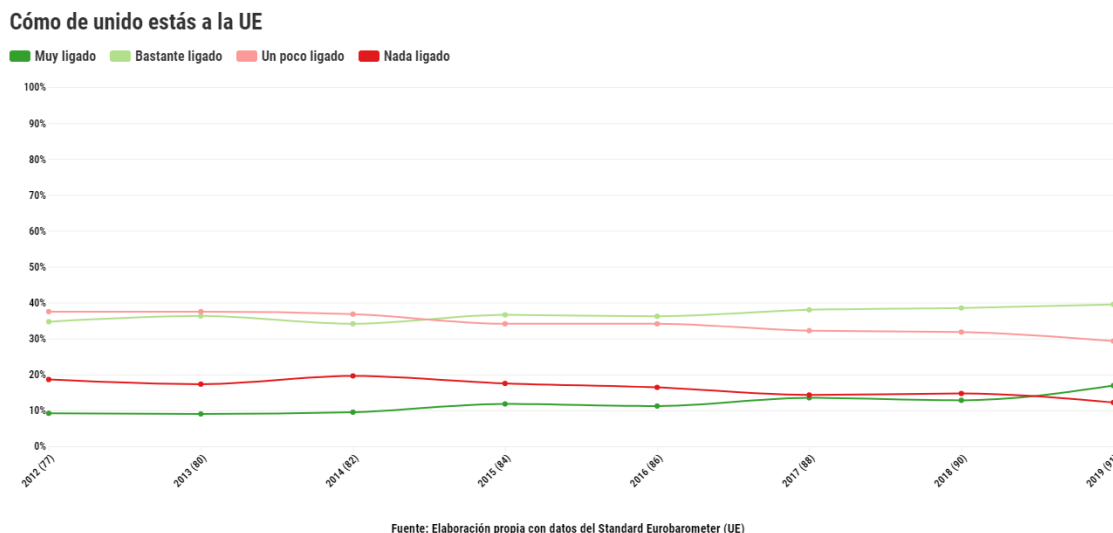
El gráfico 5, con datos desde el 2005, recoge la evolución de la imagen de la UE entre los ciudadanos del continente. Múltiples estudios han destacado la creciente pérdida de confianza o valoración de las instituciones europeas, especialmente entre los llamados países “deudores” (Alonso, 2014; Sánchez Cuenca, 2017; Majone, 2017), aunque siempre manteniendo unos niveles de valoración claramente por encima de las propias instituciones locales o nacionales.

<sup>4</sup> En 2018 (89) también logrado un mayor porcentaje de respuesta, pero con escasa diferencia.

<sup>5</sup> Nos referimos a los datos del último estudio, 2019 (91).

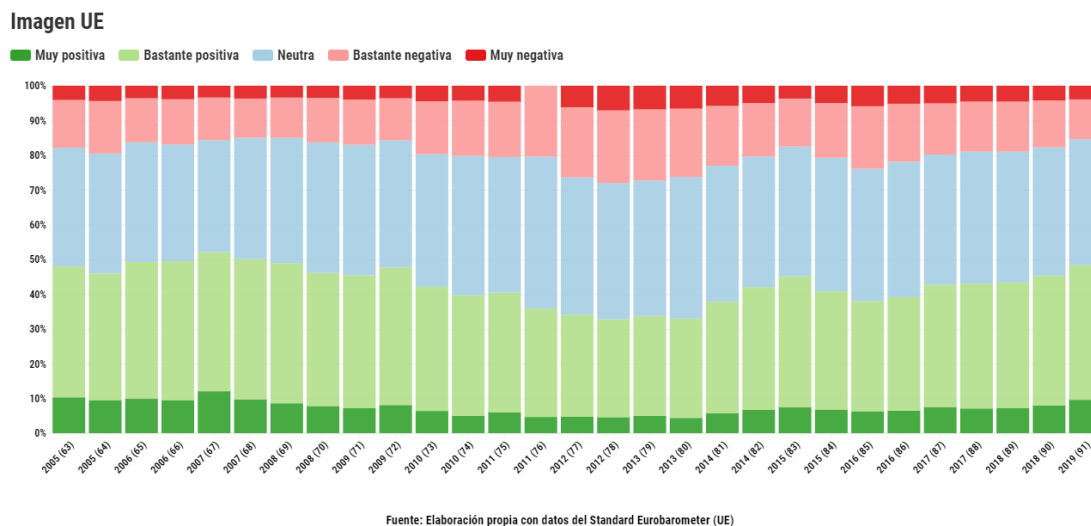
<sup>6</sup> Respecto al gráfico 3, debemos hacer una aclaración previa respecto a cómo se formula esta pregunta en el cuestionario. Hasta el *Standard Eurobarometer* número 79 de 2013 se preguntaba cómo se veía el encuestado a sí mismo en el futuro próximo (“In the near future, do you see yourself as...?”). A partir de ese Eurobarómetro, la perspectiva prospectiva de la pregunta se obvia y simplemente se pregunta al entrevistado por cómo se ve a sí mismo (“Do you see your self as...?”). Como opciones de respuesta, podemos ver que se aportan un set de respuestas adaptadas de la pregunta clásica Linz-Moreno.

Gráfico 4. Cómo de unido estás a la UE:



Resulta muy significativo comprobar cómo, incluso durante los años cuando la crisis económica era más dura y más intenso fue el regreso desde el frío del euroescepticismo, no se aprecia un incremento considerable en las opciones “Bastante negativa” o “Muy negativa”. Se mantienen como las opciones de respuesta más repetidas “Neutra” o “Bastante positiva”, acumulando entre ambas sobre el 80% de las respuestas. De hecho, podemos comprobar cómo, desde 2016, con la consolidación de la llamada recuperación económica, las opciones negativas van decreciendo mientras las positivas y la neutra aumentan, aunque sea discretamente; apuntando la validez de las tesis que destacan el impacto de la situación económica personal en la opinión sobre el proceso de integración europea. Se aprecia, además, una dinámica muy similar entre todos los grupos de edad, aunque los tres grupos de edad más jóvenes manejan una imagen más positiva de la UE mientras que, a partir de los cuarenta y cinco años, aumenta ligeramente el porcentaje de respuesta de las opciones negativas.

Gráfico 5. Imagen UE

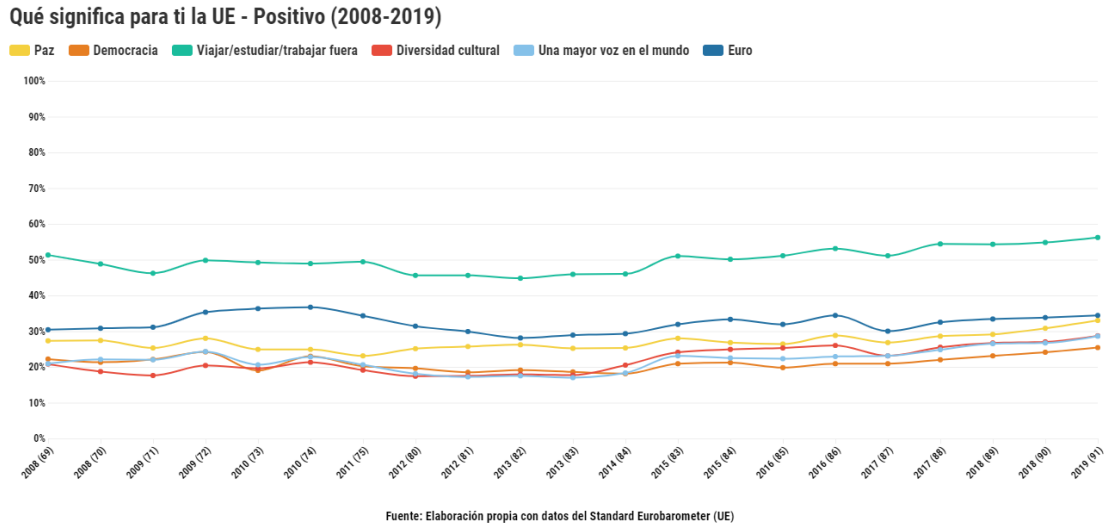


Puede que exista un grado notable de desgaste institucional entre los órganos de la UE, pero la percepción del conjunto de lo que representa la UE se mantiene fuerte e incluso se refuerza tras la Gran Recesión recuperando los niveles previos a la Gran Recesión. Puede que el relato euroescéptico haya logrado abandonar los laterales de la conversación pública continental, especialmente entre las élites mediáticas, políticas y financieras, o expandirse desde los márgenes de los sistemas políticos nacionales, pero parece andar bastante lejos de llegar a convencer a una mayoría de europeos, ni siquiera se muestra muy capaz de hacerles dudar.

El auge del euroescepticismo debería también verse reflejado, de alguna manera, en un crecimiento de las asociaciones negativas respecto al significado y los valores ligados a Europa, además de un retroceso o debilitamiento de las asociaciones y los valores positivos unidos a la idea de Europa. Sin embargo, al preguntar a

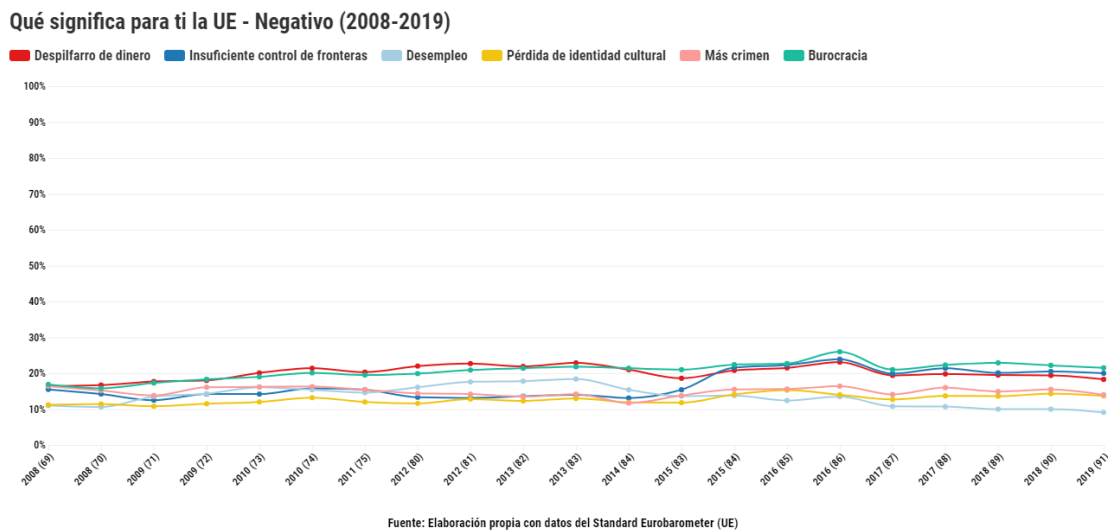
los europeos con qué valores asocian la UE (ver gráficos 6 y 7) se observa una primera evidencia: las características y asociaciones positivas superan de manera incontestable a las asociaciones y características negativas o menos positivas.

Gráfico 6. Qué significa para ti la UE – Positivo



Las opciones positivas son las que cuentan con porcentajes de respuestas más altos (entre el 17% y el 56,2%) y su distancia aumenta progresivamente a lo largo de la serie temporal. Usando la distinción entre identidad cultural e identidad cívica. Si los ciudadanos de la UE se identifican con la estructura política y las instituciones de ésta, los elementos compartidos se convierten en valores y objetivos políticos. Por ejemplo, en el *Gráfico 6: Qué significa para ti la UE – Positivo* podemos comprobar cómo las respuestas más repetidas se refieren a valores y objetivos políticos como la democracia, una mayor voz en el mundo o el Euro. Destaca especialmente la potencia de la asociación con la idea de movilidad, en aparente contradicción con la desconfianza que genera la inmigración como uno de los motores del euroescepticismo. También la sólida conexión que se establece entre la idea de Europa y los valores de la paz y la democracia o la diversidad cultural, todos ellos en progresión hacia sus niveles más altos, especialmente a partir de 2015; paradójicamente durante aquellos años cuando más se ha discutido sobre los supuestos déficits democráticos de la UE. Lejos de debilitarla, tales debates parecen sentarle no demasiado mal a la Unión a ojos de la opinión pública.

Gráfico 7. Qué significa para ti la UE – Negativo



Las asociaciones y valores negativos cuentan con porcentajes de respuesta considerablemente más bajos (entre el 9% y el 26%) que los valores positivos asociados a la UE. Entre 2010 y 2014, la opción “Despilfarro de dinero” figura como una de las más repetidas llegando hasta el 21,5%; en 2016, aunque con la recuperación económica ha caído hasta el 18,3%. Destaca notablemente el aumento de la opción “Insuficiente control de fronteras”, especialmente si tenemos en cuenta las respuestas a otras preguntas relativas a la inmigración

presentes en el mismo cuestionario; una tendencia aparentemente coherente con aquellas tesis que apuntan al ascenso de la preocupación por la inmigración como uno de los elementos más influyentes en la agenda continental.

Sin embargo, al acercar la lupa del análisis a la cuestión migratoria (ver gráficos 8, 9), al menos teniendo en cuenta el contexto que provee la conversación pública y mediática respecto a la inmigración, en especial durante la crisis de 2015, y que debería reflejarse en un reforzamiento de la percepción negativa del fenómeno y una creciente desconfianza hacia su gestión europea, sorprende que la percepción “Muy negativa” hacia la inmigración procedente de fuera de la UE haya perdido casi cinco puntos y la opción “bastante negativa” casi siete puntos desde, precisamente, 2015. Mientras, las opciones “Bastante positiva” y “Muy positiva” han ido en aumento: del 28,4% al 32,2% y del 6,2% al 7,6% respectivamente. De manera no tan sorprendente, si nos fijamos ahora en qué opinan los entrevistados en relación con la inmigración procedente de otros países miembros de la UE (gráfico 9) se aprecia una dinámica semejante pero bastante más acusada: “Muy negativa” y “Bastante negativa” va decreciendo con fuerza, mientras “Bastante positiva” y “Muy positiva” va creciendo con vigor.

Gráfico 8. Sentimientos hacia la inmigración de fuera de la UE

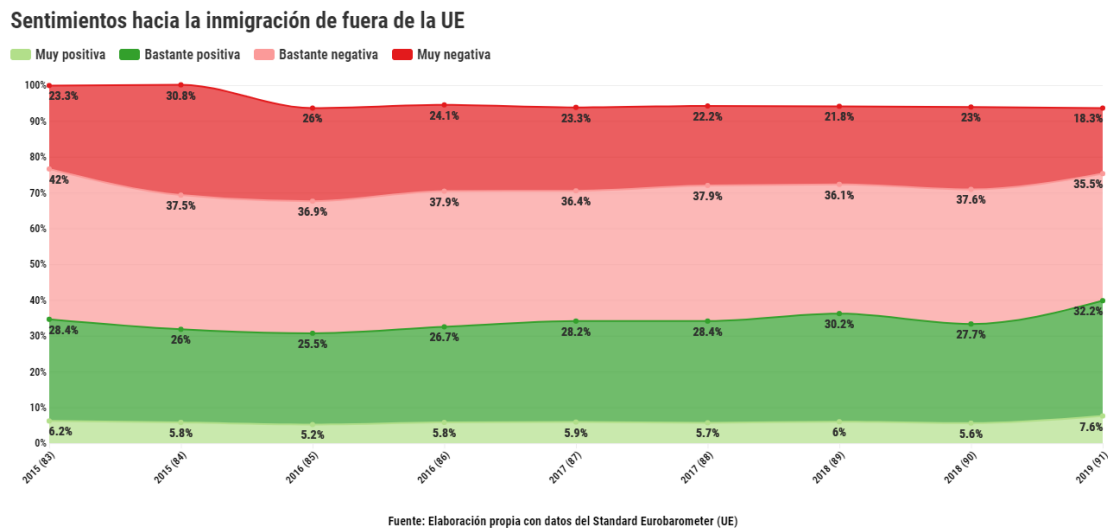
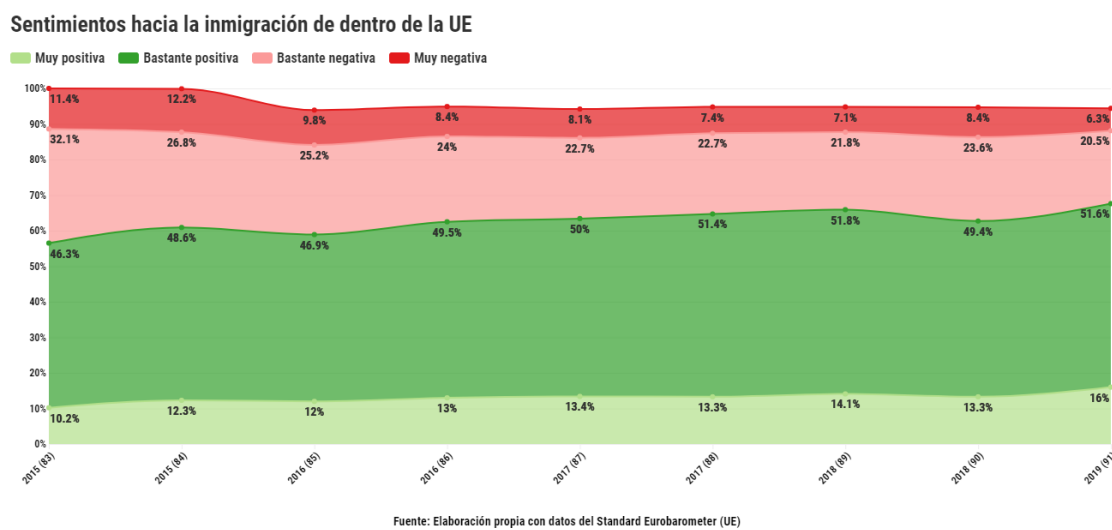


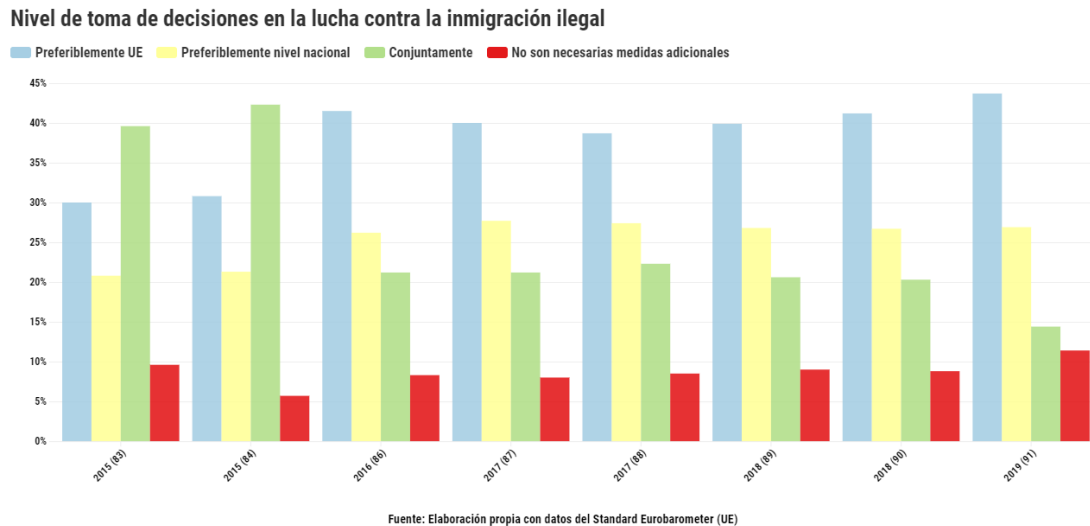
Gráfico 9. Sentimientos hacia la inmigración de dentro de la UE



En el contexto de un discurso euroescéptico al alza clamando por recuperar el control de las fronteras nacionales como solución al problema de la inmigración, aún más significativo resulta que, en la pregunta (ver gráfico 10) sobre qué institución creen los europeos que debería tomar las decisiones en la lucha contra la inmigración ilegal, la respuesta más repetida sea la UE; sube desde un 30% en 2015 a un muy mayoritario 43,75%

en 2019, un ascenso de casi 14 puntos. Aunque ese mismo contexto invitase a augurar un fuerte ascenso, los datos indican que quienes opinan que las decisiones debieran tomarse desde el ámbito nacional progresan muy moderadamente desde su punto más bajo –20,8% en 2015– hasta su punto más alto –27,7% en 2017–; apenas siete puntos. No menos desconcertante resulta, en cambio, que la opción donde las decisiones sobre esta materia se prefieran conjuntas entre la UE y los gobiernos nacionales caiga a plomo, desde el 42,3% en 2015 al 14,4% en 2019; unos más que llamativos 26 puntos. Pese a la agitación masiva de la bandera de los peligros de la inmigración, la idea de la necesidad de buscar una regulación europea como mejor y casi única solución no solo resiste, sino que amplía el favor de la mayoría.

Gráfico 10. Nivel de toma de decisiones en la lucha contra la inmigración ilegal:



## 5. Conclusiones: la resiliencia de la idea de Europa en tiempos de euroescepticismo

Si aceptamos entender de manera amplia la identidad europea como aquel aspecto de la identidad social propia vinculado a la identificación como parte del grupo de ciudadanos de la UE, otorgándole un valor emocional positivo y asumiéndolo como parte de su ser como individuos, y si reconocemos que las identidades pueden convivir, acumularse o entrar en conflicto, a la vista de los datos analizados, no puede realmente inferirse o constatarse la evidencia de la generalización de un sentimiento de desafección o crisis de la identidad europea por parte de una mayoría de los ciudadanos de la UE; o respecto a los propios valores europeos; o que las identidades europea y nacional interactúen de manera progresivamente más conflictiva tras la crisis económica, la crisis migratoria o el propio Brexit.

Los datos se alinean con el cuestionamiento de la afirmación generalizada respecto a la relación directa entre la disminución del sentimiento de pertenencia a la UE y de identificación de los ciudadanos europeos como tales y el crecimiento de las formaciones políticas de carácter antieuropeo. Así mismo, los datos analizados refuerzan la validez de la hipótesis central de este artículo respecto a la consolidación de una identidad dual de los ciudadanos europeos, donde la identidad nacional, la identidad regional y la identidad europea no necesariamente compiten entre sí sino que la ciudadanía construye su identidad en formas complementaria.

Cuando se les pregunta a los europeos de manera directa, la posición de la identidad compartida se mantiene firme y aumenta de forma paulatina en las series analizadas. Las identidades nacional y europea interactúan y se comparten mayoritariamente sin aparente conflicto o drama. La identidad europea parece construirse cada vez más, efectivamente, sobre ciertos valores compartidos que representan esa idea de la Europa de las afinidades transnacionales: movilidad, democracia, paz, diversidad cultural... La identidad europea, necesaria para sostener la legitimidad de la UE, parece mantenerse efectivamente más estable que el apoyo efectivo hacia el propio proceso de integración, más variable y coyuntural a ojos de la opinión pública.

Paralelamente, la identidad exclusiva –entendida ésta como la propia del Estado de pertenencia– decrece de forma igualmente constante y sostenida. Es más, respecto a las preguntas sobre el grado de unión respecto a los distintos niveles de gobierno (local, estatal y europeo), se ha acreditado cómo las dos primeras se mantienen relativamente estables, mientras la última aumenta en sus opciones de una mayor percepción de vinculación. Estas tendencias permiten descartar la independencia de ambos sentimientos y, consiguientemente, un funcionamiento mutuamente excluyente. Algo que resulta especialmente revelador, pues a veces se olvida la importancia a la hora de analizar estas cuestiones en el contexto de una gobernanza multinivel como la europea; más

allá de una estructura institucional determinada, una gobernanza multinivel también significa una interacción e impacto de la política, los actores y los ciclos electorales de los distintos niveles de gobierno entre sí.

Quizá, la irrupción en la agendas públicas nacionales del debate respecto a la crisis de la identidad europea y/o poner en cuestión la legitimidad de las instituciones de la UE resulte más de una amplificación política y mediática interesada de los discursos euroescépticos, elaborados desde una estrategia de óptica estatal y dirigida específicamente a ganar la competencia partidista nacional; especialmente si tenemos en cuenta la acreditada capacidad de los partidos para modificar las actitudes de los votantes respecto a las cuestiones europeas, destacadamente aquellos menos informados políticamente, ante la limitada accesibilidad general a la información sobre la Unión Europea y la elevada complejidad de los asuntos a debate (Pannico, 2017).

Esta inclusión estratégica en la competencia partidista nacional ha tenido el efecto no deseado de alimentar a partidos populistas de extrema derecha locales con discursos etno-nacionalistas, donde la UE se presenta como una amenaza para la soberanía nacional, para un “pueblo” que corre el peligro de perder su identidad por culpa de la globalización, el multiculturalismo y la inmigración (Barrio, 2017); el proyecto de integración europeo supondría así otro riesgo más para dicha identidad nacional amenazada.

Buena parte de la literatura sobre integración europea da por descontado o asume como dado el principal propósito de la UE. Pero puede que sea precisamente ese propósito aquello que hoy resulte más problemático (Majone, 2017). Lejos de debilitarla, las crisis han asentado a una creciente mayoría de europeos en su identidad europea y en una idea y una visión abierta, democrática, pacífica, integradora y beneficiosa de Europa. Aunque puede que no tanto respecto a la realización concreta de la idea de Europa que representa el actual modo de integración; esta UE donde los cambios posibles sólo puede resultar incrementales respecto al pasado, condenados a producir más de esa misma Europa donde las políticas posibles se perciben como ilegítimas o inefectivas, mientras que las nuevas políticas parecen políticamente imposibles (Scharpf, 2015).

La ausencia de alternativas al modo actual de integración, la falta de competencia entre alternativas de integración o “political release” europea (Majone, 2017) conforma la otra parte del problema y provoca un grado notable de desgaste institucional entre los órganos de la UE. Pero la percepción del conjunto de lo que representa la UE se mantiene fuerte e incluso se refuerza tras la Gran Recesión. Es cierto que el relato euroescéptico ha avanzado en la conversación pública entre las elites mediáticas, políticas y financieras continentales continental y ha fidelizado minorías estables de votantes. Pero parece más lejos de ganarse a una creciente mayoría de europeos, más discreta y menos ruidosa que esa minoría euroescéptica; ni siquiera parece en disposición de aproximarse a ser capaz de provocarles dudas respecto a la necesidad de Europa. Hoy únicamente los europeos pueden mantener viva la idea de una civilización europea distintiva, con sus éxitos y fracasos (Majone, 2017). Esta emergente mayoría resiliente parece mostrarse bastante consciente de esa responsabilidad.

## 6. Bibliografía

- Alonso, S. (2014): “You can vote but you cannot choose”: *Democracy and the sovereign crisis in the Eurozone*. Working paper 2014/282. IC3JM.
- Blokker, N. (2005): “Populist Nationalism, Anti-Europeanism, Postnationalism, and the East-West Distinction”. *German Law Journal*, 6(2), pp. 371-389. <https://doi.org/10.1017/S2071832200013687>
- Bruter, M. (2003): “Winning Hearts and Minds for Europe. The Impact of News and Symbols on Civic and Cultural European Identity”. *Comparative Political Studies*, 36 (10), pp. 1148-1179. <https://doi.org/10.1177/0010414003257609>
- Bruter, M. (2004): “On what citizens mean by feeling ‘European’: perceptions of news, symbols and borderlessness”. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 30(1), pp. 21-39. <https://doi.org/10.1080/1369183032000170150>
- Bruter, M. (2008): “Legitimacy, Euroscepticism & Identity in the European Union – Problems of Measurement, Modelling & Paradoxical Patterns of Influence”. *Journal of Contemporary European Research*, 4 (4), pp. 273-285.
- Bruter, M. (2009): “Time Bomb? The Dynamic Effect of News and Symbols on the Political Identity of European Citizens”. *Comparative Political Studies*, 42(12), pp. 1498–1536. <https://doi.org/10.1177/0010414009332465>
- Caiani, M; D. Della Porta y C. Wagemann (2012): *Mobilizing on the Extreme Right. German, Italy and the United States*. New York: Oxford University Press.
- Capello, R. (2018): “Cohesion Policies and the Creation of a European Identity: The Role of Territorial Identity”, *Journal of Common Market Studies (JCMS)*, 56 (3), pp. 489–503. <https://doi.org/10.1111/jcms.12611>
- Diez Medrano, J. (2010): “Unpacking European identity”. *Politique européenne*, 30(1), pp. 45-66. <https://doi.org/10.3917/poeu.030.0045>
- Dijkstra, L; H. Poelman y A. Rodríguez Pose (2018): *The Geography of EU discontent*. Working paper. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Duchesne, S. y A. P. Frogner (2008): “National and European Identifications: a Dual Relationship”. *Comparative European Politics* 6(2), pp. 143–168.
- Eichenberg, R. C. y R. J. Dalton (2007): “Post-Maastricht blues: the transformation os citizen support for European Integration 1973-2004”. *Acta Política* 42 (2-3), pp. 128-152.
- Gomez, R. (2015): “The economy strikes back: support for the EU during the great recession”. *Journal of Common Market Studies*. 53 (3); pp 577-92.

- Herrmann, R. K. y M. B. Brewer (2004): "Identities and Institutions Becoming European in the EU". En Herrmann, Richard K.; Thomas Risse-Kappen y Marilyn B. Brewer (eds.) *Transnational Identities: Becoming European in the EU*. New York: Rowman & Littlefield, pp. 1-22.
- Hobolt, S. B. (2015): *Public attitudes towards the euro crisis*. Democratic Politics in a European Union under stress. Oxford University Press, pp.48-66.
- Hooghe, L. y G. Marks (2005): "Calculation, Community and Cues: Public Opinion on European Integration". *European Union Politics* Vol 6(4), pp. 419-443. 419 <https://doi.org/10.1177/1465116505057816>
- Hooghe, M. y S. Verhaegen (2017): "The Democratic Legitimacy of EU Institutions and Support for Social Policy in Europe". En Vandenbroucke, Frank; Catherine Barnard y Geert De Baere (eds.). *A European Social Union after the Crisis*. Cambridge University Press, pp. 120-139. <https://doi.org/10.1017/9781108235174.006>
- Hooghe, L. y G. Marks (2017): "Cleavage theory meets Europe's crises: Lipset, Rokkan, and the transnational cleavage". *Journal of European Public Policy*. <https://doi.org/10.1080/13501763.2017.1310279>
- Keating, M. (2007): "La integración europea y la cuestión de las nacionalidades". *Revista Española de Ciencia Política*, 16, pp. 9-35.
- Máiz, R. (2008): *La Frontera Interior. El lugar de la nación en la teoría de la democracia y el federalismo*. Murcia: Tres Fronteras Ediciones.
- Majone, G. (1996): *Regulating Europe*. Routledge. Londres. 1996.
- Majone, G. (2017): "The European Union post-Brexit: Static or dynamic adaptation?" *European Law Journal*. 23. 1-2. pp. 9-27.
- Moravcsik, A. (2018): "Preferences, power and institutions in 21st Century Europe". *Journal of Common Market Studies*. 56(7). pp 1648-1674.
- Nicili, F. (2017): "Democratic legitimacy in the era of fiscal integration". *Journal of European Integration*. 39(4). pp 389-404.
- Pannico, R. (2017): "Is the European Union too complicated? Citizen's lack of information and party cue effectiveness". *European Union Politics*. 18(3), pp. 424-446. <https://doi.org/10.1177/1465116517699892>
- Risse, T. (2010): *A community of europeans? Transnational identities and public spheres*. Ithaca, Cornell University Press.
- Ruchet, O. (2011): "Cultural Diversity, European Identity and Legitimacy of the UE: A Review of the Debate". En Fuchs, Dieter y Hans-Dieter Klingemann (eds.) *Cultural Diversity, European Identity and the Legitimacy of the EU*. Cheltenham (UK)/ Northampton (USA): Studies in EU Reform and Enlargement, pp. 3-26.
- Ruiz Jiménez, A. M. y C. González Enriquez (2007): "La Identidad nacional y europea de los ciudadanos españoles. Un estudio cualitativo de entrevistas y grupos de discusión". *Revista de Estudios Políticos*. 136. pp. 143-178.
- Sánchez-Cuenca, I. (2017): "From a deficit of democracy to a technocratic order: The postcrisis debate on Europe". *Annual Review of Political Science*. 20, pp. 351-69.
- Scharpf, F.W. (2015): "After the Crash: A perspective on multilevel European multilevel democracy". *European Law Journal*. 21. pp. 384-405.
- Serricchio, F. ; M. Tsakatika y L. Quaglia (2012): "Euro-scepticism and the Global financial crises". *Journal of Common Market Studies*. 51(1), pp. 51-64.
- Smith, A. D. (1998): *Nacionalismo y modernidad: un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo*. Madrid: Istmo.
- Sojka, A. y R. Vázquez (2014): "Identidad Europea en el sur de Europa: un análisis comparado de las percepciones de las élites y opinión pública en España y Portugal". *Revista Española de Ciencia Política*, No 36, pp. 89-114.
- Taggart, P. y A. Szczerbiak (2013): "Coming from the Cold. Euroscepticism, Government participation and party position on Europe". *JCMS*. 51(1). pp.17-37. Oxford. 2013.
- Taggart, P. y A. Szczerbiak (2018): "Putting Brexit into perspective: the effect of Eurozone and migration crises and Brexit on Euroscepticism in European states". *Journal of European Public Policy*. 25(8). pp.1194-1214.
- Verhaegen, S., M. Hooghe y E. Quintelier, E. (2014): "European Identity and Support for European Integration: A Matter of Perceived Economic Benefits?". *Kyklos*, 67(2), pp. 295-314. <https://doi.org/10.1111/kykl.12055>
- Verhoegen, S. (2018): "What to expect from European identity? Explaining support for solidarity in times of crises". *Comp Eur Polit* 16. pp. 871-904.
- Wallaschek, S. (2019): "Solidarity in Europe in times of crisis". *Journal of European Integration*. 41(2). pp 257-263. <https://doi.org/10.1080/07036337.2019.1546980>
- Weiler, J. H. H. (1997): "To be a European citizen. Eros and civilization". *Journal of European Public Policy*, 4(4). pp 495-519.
- Weiler, J. H. H. (2012): "In the face of the crisis: Input legitimacy, output legitimacy and the political mechanism of European integration". *Journal of European Integration*. 34(7). pp 825-841.